

danza secreta que dura pocos minutos y que termina convulsivamente entre brazos crispados ó decrepitos.

Para pagarlas, los Herodes modernos entregan, en un minúsculo disco de oro, el perfil de un Bonaparte.

## VII

EL PRESTIGIO VOLUPTUOSO

DE LAS SEVILLANAS



## VII

### **El prestigio voluptuoso de las sevillanas.**

Entre las cuatro ó cinco ciudades que el mundo ha escogido como puntos de peregrinación sentimental, Sevilla sobresale. Y no es que encierre más tesoros artísticos que Florencia; ni que su cielo sea más azul que aquel que se refleja en el golfo de Nápoles; ni que sus palmeras resulten, bajo el astro canicular, más clementes parasoles que las de Alejandría; no. Lo que hace de esta tierra el rincón que más suspiros nostálgicos arranca de pechos lejanos, es que á su prestigio plástico se agrega en todas las imaginaciones cultivadas un prestigio más irresistible y más humano: su gran prestigio amoroso y aventurero, su perfume de voluptuosidad, su leyenda sensual y sensitiva.



La Andaluza de Teófilo Gautier, aristocrática y beata; la de Alejandro Dumas, alegre sin complicaciones sentimentales, coronada de claveles, risueña sin malicia; la de Lamartine, con ojos alucinadores de perlas negras, silenciosa, y celosa, y perezosa; la de Víctor Hugo, oriental de formas y de alma; la de Mérimée, morena y trágica; la de Barrés, instintiva y altanera, mística cual la de Gautier y morena como la de Hugo; las demás muñecas sevillanas fabricadas por los franceses para la exportación, llenan el mundo de visiones que atraen cual el Pecado y que sonríen como la Promesa.

De vez en cuando una española, muy bella, muy esbelta, de carne y hueso, de carne de rosas-té y de huesos que parecen elásticos, bailadora por lo regular, aparece en los conciertos de París, de Londres, de Nueva York ó de San Petersburgo, y confirma (Otero ó Guerrero), con el testimonio palpitante de su belleza morena, la leyenda de los poetas.

Las mujeres de otros países también son divinas. Pero no lo son del mismo modo. Y sobre todo, no lo son en Sevilla.

El marco aumenta el encanto de la imagen.



Si es fácil, ó al menos hacedero para el psicólogo, descubrir y anotar las causas

sentimentales que aumentan en el mundo entero el prestigio de Sevilla, resulta, en cambio, punto menos que imposible encerrar en frases necesariamente precisas la noción flotante, vaga, vaporosa y contradictoria, de su verdadero encanto.

Y no quiero hablar de su gracia misma, cuya esencia, como la de todas las ciudades artísticas, sólo puede compararse en sutileza con el color de los rayos de luna y con el atractivo de las miradas femeninas.

A lo que me refiero es á la idea más ó menos falsa, pero sincera y entusiasta, que los extranjeros tienen de esta población. Ya sabemos lo que aquí los trajo, pero ¿y lo que aquí les gustó? Porque la pasión que una mujer ó un espectáculo pueden inspirar, no constituyen encanto ninguno. Las Carmencitas, las Rosarios, las Lolas, que bailan, que cantan, que enloquecen ó que engañan; los toros, que asustan primero y que luego, cuando no chocan, conquistan, pueden compararse en el paisaje ideológico que ahora compongo y escudriño, á dos obeliscos en un jardín. Sin duda ninguna, las admiraciones van á ellos ante todo. Su grandeza prima es el sitio.

Pero, ¿acaso no hay, más abajo, flores divinas? ¿Acaso en el ambiente el perfume no embelesa? ¿Acaso mirando hacia el fondo no se descubren, con alegría casi infantil, celajes en los cuales reside toda la belleza de la gama ígnea, nubes cuya forma encierra el secreto voluble de las curvas, irisamientos caprichosos, luces nun-

ca vistas, líneas de una delicadeza desconocida?

Sí.

\* \* \*

Vemos, aunque de un modo incompleto, el encanto de Niza. Es el oro del sol y es el azul del mar. Es la dulzura del clima. Es, en lo práctico, las grandes alamedas en las cuales hay, bajo los árboles, bancos que sirven para contemplar cómodamente el vuelo de las quimeras. Es un encanto sin violencia. Es la gracia lánguida que seduce á los convalecientes sin causarles peligrosos sacudimientos.

Vemos asimismo, con más dificultad, el encanto de Florencia, hecho de suavidades ardientes, de recuerdos que exaltan, de rumores de campanas que llaman á lo lejos en la campiña cubierta de suaves pinos, y que no llaman justamente á orar, sino á soñar, á sentir, á amar. ¡Oh los paisajes *ne varietur* de Anatole France! En ellos está el alma florentina, fina como los puñales florentinos. En ellos se respira el ambiente, preñado de recuerdos de amor, de todos los siglos de la ciudad.

Y comprendemos también el encanto de Valencia, de su vega verde, de su mar de zafiro ó de esmeralda, de su pueblo claro que habla en una lengua sonora, gorjeante, y que, en el fondo de las pupilas, guarda rencores ancestrales; de Valencia, que es una Arabe rubia; de Valencia, perfumada por los naranjos en flor, iluminada



por un sol eterno, oreada por brisas del mar divino.

Pero el encanto de Sevilla...

\*  
\* \*

El autor extranjero que más me ha desconcertado en este punto difícilísimo, es Maurice Barrés, quien dice: « ¡Sevilla! ¡Ah! su verdadero encanto reside en los follajes verdes, entre el aire calcinado... »

¿Nada más que en eso?

Pero, con ser tan caprichosas y tan locas tales palabras que lo mismo pueden aplicarse á Tánger que á Túnez, no son en el océano de lo que se ha escrito sin cuidado sobre esta ciudad, sino dos gotas de aceite sacudidas por las olas.

Otros escritores insisten demasiado en la frescura de las calles estrechas, suprimiendo así de sus descripciones la luz del sol. En otros, lo que más encantador parece es el aspecto multicromo de las calles, con sus casas pintadas y los balconillos en los cuales mil flores embalsaman la atmósfera. Los más coloristas se fijan de preferencia en los tipos populares, pintorescos gracias á los colores del traje y de los adornos; significativos á causa de sus actitudes petulantes; nobles por su mirada y por su palabra. Los eruditos se detienen en cada esquina, y—evocando recuerdos emocionantes ó pintorescos—sólo ven sombras en la ciudad viva.

En cuanto al encanto completo y complicado de la ciudad, sería necesario ex-

traerlo, como esos perfumes que se llaman *bouquets*, de la destilación de mil libros diferentes: ingleses y franceses, americanos y alemanes.

\* \* \*

Y aun así, quizás lo único que conseguiríamos, uniendo las observaciones de todos los que han escrito sobre Sevilla, sería hacer una serie sin fin de observaciones que, juntas, no constituyesen una definición verdadera. Veríamos contrastes. Veríamos, junto á la torre mora, la basilica cristiana; veríamos en una plaza de aspecto medioeval, nichos poblados de héroes, de césares, de luchadores paganos; veríamos, en cabezas rubias, ideas sarracenas, y almas del siglo XIII en envolturas de árabes. La mezcla nos desconcertaría. Las calles que parece que suben hacia la mezquita, y que de pronto desembocan ante una capilla cristiana, son un símbolo local. Si á este símbolo le agregamos una gota de gentilismo, tal vez logremos hacer vivir el alma sevillana, alma complicada, aunque no tanto como su encanto indefinible y pe-regrante, seductor y fluido, intenso y vaporoso.

Se dice Sevilla lejos de aquí ¡Sevilla! ¡Sevilla!... se dice entre las brumas remotas, tras los mares, ultra los montes. ¡Sevilla! Y en las mentes son, evocados por el prestigio de la ciudad mágica, paisajes de sol y de azur, con manchas sangrientas de claveles y manchas rojas de naranjas; y son, entre palmeras, palacios

árabes, sin nombre ni forma, vagos como una canción lejana, y frescos cual una sonrisa de labios vírgenes; y son los techos multiformes de la Catedral, y los techos de la ciudad, y la ciudad misma, blanca y verde, dominada por la divina flor arquitectónica, por la Giralda tutelar; y son, oídos al claro de la luna, bajo un cielo indico agujereado de oro parpadeante, coplas de amor, aires de fiesta, notas de alegría nerviosa, voces humanas y voces de guitarra que se unen, sonando cual una melopea entre la algazara rítmica de palmas que baten y de castañuelas que aletean; y es la danza admirable, amorosa sin vicio, voluptuosa sin estudio, casi sagrada, casi casta, hierática y serpentina, llena de promesas, llena de sonrisas, ligera como un torbellino y, sin embargo, clara y rítmica; la danza incomparable que nadie, fuera de aquí, puede aprender, cuyas cadencias nacen con los cuerpos de la tierra. Y son, en un fondo sin orden, como en una pintura de pandereta, copas de vino rubio, mantones bordados, y claveles, y más claveles; y son pórticos moros y frescos patios, y rejas bajas, y misteriosas callejuelas...

...Y en medio de todo, dominándolo todo, aparece de pie, sonriente, soberana, la Andaluza.

\* \* \*

Porque en la imaginación exaltada del mundo, las bellezas que los siglos amontonaron en la ciudad, no forman sino un al-

macén de accesorios para ella. Ella escoge, según el humor del momento, lo que mejor le conviene cada día para presentarse ante sus admiradores, que son, al mismo tiempo, adoradores. Su capricho transforma los paisajes ideales. Si cree que debe ir con alta peineta y blanca mantilla en un cortejo suntuoso de espumas de encaje, todas las visiones de Fortuny se ponen á su servicio. Si quiere ser más árabe, las suntuosas fantasías de Renault la adornan.

Para las fiestas íntimas, la paleta de Sargent da mantones y faldas bordadas de oro. Y otro poeta del pincel, también sajón, el gran Dannat, pone á su servicio para animarla, para adularla, para mimarla, sus legiones de jaleadoras.

Todo en la fantasía del mundo cambia ó puede cambiar. Unos ven á Sevilla muy moruna; otros muy europea; éstos cristianísima; los de más allá, casi pagana.

En lo único que todos están de acuerdo es en la imagen que se forman de la Andalucía. ¡Imagen única!

## VIII

## LA AGONIA DE LA GHESHA